

Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 1

El robo



Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 1

El robo



A las siete horas y veinticuatro minutos de la mañana el ruidoso reloj despertador de Silvestrín Panador, colocado sobre la sobria mesilla de noche al lado de la imagen enmarcada en plata de la Virgen del Perpetuo Socorro, resuena con nacional puntualidad y quejumbroso estruendo metálico. Lo apaga Silvestrín con gesto mecánico sacando su largo brazo de debajo de las cálidas sábanas, abre los ojos y siente que gracias al sueño reparador tiene el cuerpo fresco y la mente despejada. A las doce de la noche en punto estaba ya dormido, acción que realiza con la misma terca puntualidad con la que se despierta, y siempre duerme de un tirón. Su previsora madre le permite estudiar sus mamotretos llenos de ecuaciones hasta la media noche al amor de la mesa camilla y a la luz de un flexo de aluminio

abollado, pero insiste en que su niño necesita dormir al menos siete horas y media, amorosa orden que Silvestrín acepta sin rechistar y con total confianza en el buen criterio de su progenitora.

Con el tiempo justo de encender la radio de la afamada marca holandesa Phillips –‘La tecnología europea al más alto nivel’, como recita su tío padrino Braulio, marino mercante y quien se la ha regalado, enfatizando zumbón lo de europea–, Silvestrín gira el dial y escucha: ‘Siete y veinticinco de la mañana. Sociedad Española de Radiodifusión al servicio de España y de su caudillo Franco. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!’. Sentidas palabras éstas que, pronunciadas con el vibrante tono patriótico que el afamado locutor sabe imprimir-las, henchén el corazón todo de Silvestrín por el nuevo día que le ha sido dable ver amanecer gracias a la divina providencia –gesto éste de pura misericordia celestial, tal y como le recuerda con puntualidad semanal su mentor espiritual y confesor, a quien tiene que visitar todos los sábados peque o no peque–, pues ya la luz de la mañana se filtra por la ventana de su cuarto.

La evocación del sacerdote le recuerda que debe ir cuanto antes a confesarse, que últimamente los pecados de pensamiento –veniales, claro–, le tienen aflicto. Pues hay que señalar que además de su patriótico corazón hay más órganos henchidos en Silvestrín, lo que también tiene que ver con su bombeante corazón y su denso flujo sanguíneo. Como casi todas las mañanas, hoy experimenta de nuevo una tan involuntaria como impertinente hinchazón en su número uno, como cariñosamente nombra su querida madre a lo que su señor padre se refiere con el pleonismo de su masculina virilidad, sin que Silvestrín comprenda muy bien la razón de ninguna de estas extrañas denominaciones de su pene, término preciso admitido por la Real Academia Española de la Lengua. El padre Jacinto Mable, su confesor y guía espiritual, al que le ha comentado esta involuntaria, curiosa, repetitiva y matinal circunstancia benignamente inflamatoria, –con la confianza que le proporcionan sus muchos años de sabios y saludables consejos–, le ha indicado que no se preocupe, que es algo natural y aún muy deseable en una persona joven, de constitución sana y salud vigorosa como es él, que está entrando en la madurez.

Mientras estos pensamientos erráticos bullen en su cerebro, Silvestrín, con la cabeza en la almohada y con los ojos abiertos, escucha el rezo monótono del Santo Rosario, haciendo tiempo y solazándose espiritualmente hasta que la hinchazón remita. Y éste reflujo de fluidos corporales a veces tarda sus buenos tres o cuatro misterios

gozosos, coincidiendo con una larga duración cuando, en un chispazo de la memoria, se acuerda de sus primas gemelas de Cáceres, estudiantes ambas de preuniversitario, de sus cristalinas risas, de su cabello rubio agitado por el salobre viento marino y de cómo jugaba con ellas en la playa el pasado verano, rebozándose los tres en la arena entrelazados y felices. Coincidencia ésta que le parece totalmente incomprensible, aunque ésta última correlación entre la añoranza de sus primas extremeñas, muslos dorados de cálida suavidad y suave pelusa con labios frescos de juvenil inocencia, y sus volumétricas hinchazones matinales no la ha compartido todavía con el padre Jacinto. Con los brazos estirados por encima de las sábanas y de las mantas, como también le ha aconsejado su confesor que permanezca mientras la tensa circunstancia se mantenga enhiesta, escucha el desarrollo del Santo Rosario para el hogar y para los enfermos.

Ya con el rosario bien avanzado y con el cuerpo algo menos tenso, abandona Silvestrín la tibia seguridad de la cama para llevar a cabo sus ejercicios matinales de gimnasia. Abre de par en par la ventana y siente el frescor revitalizante de la mañana sobre su cara. Vierte agua de la jofaina de porcelana en la palangana de peltre y se lava con gesto intenso la cara. Se despoja del pijama y se queda en calzoncillos al aire fresco de la mañana, que le pone carne de gallina a la vez que le revigoriza. A él le gustaría ejecutar los ejercicios en pantalón de deporte, pero sólo tiene uno y está en su taquilla del gimnasio. Mientras lleva a cabo estos ejercicios gimnásticos con marcial exactitud escucha las noticias del día. Éstas incluyen hoy la buena nueva de que España ha sido admitida por fin en la Organización de las Naciones Unidas, triunfo de la voluntad del régimen de Franco, como muy oportunamente destaca el locutor —‘La pérfida y atea Rusia ha mordido el polvo frente a nuestras gallardas y católicas razones’, frase ésta que el inflamado comentarista ha proferido con gran sentimiento—, así como la noticia de alcance local de la inauguración de la moderna fábrica de café soluble de la marca suiza Nescafé. Dicha fábrica fue ayer bendecida, con la pompa y circunstancias que la ocasión demandaba, por el señor obispo de la diócesis, monseñor Empompa, contando el evento con la destacada presencia del Señor Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, don Onofre Nopático, próceres locales y autoridades militares. El testimonio del recién elegido enlace sindical de los trabajadores de la fábrica, Gustavo Niato, —‘Bajo las bondades de la España de Franco los trabajadores estamos materialmente en un paraíso y nos preparamos espiritualmente para otro’, ha comentado

el señor Niato sentidamente emocionado— sobre la última tecnología empleada ha sido radiado sin ningún tipo de censura, para que luego las lenguas viperinas que envidian nuestra paz digan que en nuestro país no hay libertad de expresión, ha concluido con irritación contenida el sensible locutor.

Estos matinales ejercicios gimnásticos diarios los complementa Silvestrín, cuando sus elevadas tareas científicas se lo permiten, con entrenamientos semanales de levantamiento de pesas —halterofilia, en precisa expresión de su entrenador— en las instalaciones deportivas del Colegio de los Agustinos. Su confesor le ha indicado también la conveniencia de llevar a cabo esta clase de ejercicios —de endurecimiento físico y equilibrio espiritual, como él los denomina—, aunque insistiendo en que no debe abusar de la ducha, pues junto al gasto innecesario de agua se añade la pérdida de protección natural de la piel, además de ponerle a uno en peligroso contacto con su propio cuerpo. Este último concepto Silvestrín no está seguro de haberlo asimilado, pues a él le parece que su alma siempre está en contacto con su cuerpo. Perplejidad algo parecida a la que le acontece con lo del pecado de la carne, siendo así que su piadosa madre insiste en que se coma todas las croquetas de zancarrón que le pone en el plato y que a él le gustan casi tanto como le gusta su compañera de estudios Basilia, aunque de manera completamente diferente. Pero abandona estos carnales pensamientos y se obliga a realizar treinta flexiones más para eliminar toxinas mentales, mientras musita piadosas jaculatorias a María Auxiliadora y a Santo Domingo Sabio, devoción que le ha quedado de su paso en el bachillerato por el colegio de los salesianos.

La ducha, siempre con agua fría, pues su casa no dispone de agua caliente, le reconforta y se lleva con ella el sudor. Mientras se enjabona —sin dejar correr el agua, para así ahorrar en el líquido elemento—, observa con cuidado su cuerpo para ver si sigue en contacto con él, lo que de momento sucede. Un enjuague rápido, se seca con decisión con la blanca toalla de recio entramado y se pone la planchada y perfumada ropa que su dilecta madre le ha dejado sobre la silla la noche anterior.

Cuando entra en la caldeada cocina —impecablemente vestido con su grueso jersey abotonado, su camisa a cuadros y su pantalón azul marino sujeto con un flamante cinturón de cuero regalo de su tío padrino, pues hasta hace poco más de un mes todavía llevaba tirantes, insistencia ésta de doña Virtudes, su comedida progenitora, que siem-

pre canta las alabanzas de una digestión hecha sin apreturas–, su madre ya está preparándo el café y sonríe complacida al verlo tan guapo. Como casi todos los días, Silvestrín ha tomado su desayuno –sobrio pero sustantivo, consistente en un tazón de leche pura de vaca, con control de Abastos, tres sobaos y un trozo de quesada de la afamada Casa Nacho, especialidades que, dadas las excelencias de su elaboración artesana, don Crispulo, su progenitor y marido de doña Virtudes, vende en su tienda con gran éxito– en compañía de su padre, que leía satisfecho el periódico ‘La Nueva Montaña’, órgano de expresión local del Movimiento. Mientras él hundía las esponjosas especialidades reposteras en el café con leche, Don Crispulo le ha mostrado la primera página del periódico, en la que se glosa con orgullo la aceptación del régimen del Caudillo en el concierto internacional de las naciones, para envidia de reconrosos y vendepatrias que nos querían ver apartados de las grandes corrientes de la historia. No cabe duda, añade orgulloso don Crispulo, que la joseantoniana unidad de destino en lo universal de la trayectoria vital hispana se va haciendo realidad.

Y como hace todas las mañanas que el tiempo lluvioso y ventoso no se lo impide, ha ido desde su casa, sita en el popular barrio de Puertochico hasta la facultad de ciencias, en la que desarrolla sus actividades científicas, dando un paseo, siguiendo la avenida que discurre a lo largo de la costa. En esta otoñal, luminosa y límpida mañana de septiembre, pues se ven hasta los últimos Picos de Europa, las cumbres nevadas de nuestras elevadas montañas se reflejan con tal cristalina pureza en el lago azul de nuestra bahía que Silvestrín siente cómo se le ensancha una vez más el corazón en esta matinal comunión con la agreste naturaleza, por lo que da gracias al creador por tantos dones recibidos.

Silvestre Claudio Panador es el vástago único y maternalmente idolatrado de don Crispulo Panador y doña Virtudes Carriada, miembros respetados de la comunidad local. Don Crispulo es el laborioso e industrioso dueño de ‘Mantequerías Montañesas’, verdadero cuerno de la abundancia de nuestras más afamadas exquisiteces gastronómicas patrias –desde las abulenses yemas de Santa Teresa, amasadas por virginales monjitas en los fríos páramos castellanos a partir de los huevos que gallinas ponedoras alimentadas sólo con el mejor maíz asturiano, aunque completada esta sabrosa dieta con los succulentos gusanos que ellas mismas son capaces de encontrar en el amplio patio de su convento (y que, a decir de los entendidos,

es el componente secreto que hace de estas yemas un manjar inconfundible), hasta los onubenses jamones de Jabugo, que don Crispulo corta en finas lonchas color caoba veteadas con el blanco marfileño del apetitoso tocino—, así como algunas especialidades industriales — así las anuncia don Crispulo con indisimulado orgullo por el progreso patrio alcanzado, como el extracto de café puro en polvo Nescafé, verdadero orgullo de nuestra región montañesa, y que venciendo las dificultades de aprovisionamiento que son fáciles de entender, se manufactura con los máximos adelantos técnicos en la fábrica de La Penilla y hace las delicias de todos los degustadores de un buen café—. Doña Virtudes es una doblemente virtuosa ama de casa, que a sus habilidades como mujer y madre —que lo mismo se entrega en el tálamo nupcial a su dilecto esposo con las habilidades venéreas de una entregada mártir cristiana, que prepara unos huevos con patatas fritas para su Silvestrín con el más puro aceite de oliva que don Crispulo es capaz de obtener de los aceituneros jienenses—, une su destreza con la aguja y el dedal, consiguiendo que las jóvenes virtuosas de nuestra capital vayan vestidas con la sobria elegancia recomendada por la edición de moda cristiana de *L'Observatore Romano* —cuya edición quincenal para España recibe con vaticana puntualidad doña Virtudes—, así como un honrado y sustancioso ingreso extra para su familia.

Mientras Silvestrín avanza a lo largo de la Avenida de la Reina Victoria, saboreando los vientos salobres que le envía nuestra bahía, ese prado azul que se vuelve marrón después de las lluvias torrenciales del otoño, va degustando un dulce exquisito llamado ‘doce de abóbora’ o ‘cabelo de anjo’, —representante de la repostería lusitana que su siempre despierto papá importa de la portuguesa ciudad de Tentugal, famosa por sus especialidades conventuales de dulzura exquisita—. Estos intercambios económicos y culturales nos hermanan, más si cabe, con nuestros vecinos portugueses, compañeros en los sufrimientos que las democracias liberales y corruptas nos infligen a los ibéricos representantes de la democracia orgánica incardinada en el pueblo estamental. Don Crispulo tuvo noticias de tales dulzuras gastronómicas por primera vez cuando la carlista división de montaña Navarra —a la que él se incorporó voluntariamente cuando nuestra capital fue liberada por la gloriosas fuerzas nacionales— compartió posiciones ofensivas con la lusa Legión Viriato —fuerza de energúmenos voluntarios enviada por Portugal, sin el conocimiento del doctor Salazar, en ayuda del general Franco— en el madrileño frente

de Somosierra y conoció a don Luís Filipe Gonçalves e Dias de Deus Matosinhos, vecino de la citada villa tentugaliense, próxima a la universitaria urbe de Coimbra, y pudo degustar por primera vez tan deliciosos dulces. Su padre, siempre respetuoso de citar cada producto en su lengua vernácula –excepto que se trate de vasco, catalán, gallego o bable, dialectos que considera, en sintonía con la doctrina oficial, excesos lingüísticos e insoportable actitud empecinada cuando se dispone del rico lenguaje castellano, y cuyo uso nos podría avocar algún día a tener que hablar en el dialecto montañés o cántabro, expresión esta última con connotaciones antirromanas y precristianas que don Crispulo no quiere ni tomar en consideración–, ha tenido la amabilidad pedagógica de traducirle como ‘dulce de calabaza’ o ‘cabello de angel’.

Mientras su dilecto padre depositaba un cariñoso ósculo en la rasurada faz de su retoño, le ha dicho: ‘Toma, Claudillo, que acaban de llegar de A Pousadinha, para que lo degustes por el camino’. Nacido Silvestrín el día treinta y uno de diciembre, la amorosa pugna entre sus progenitores por ponerle un cristiano nombre llegó al consenso de bautizarlo como Silvestre Claudio para así hacer feliz a su católica madre, honrando al santo patrono del día en que Silvestrín vió la luz, como a su patriótico padre, que quería celebrar a diario la memoria del invicto Generalísimo –que disfrute de su proverbial buena salud muchos años para seguir dirigiendo la nave de la patria por las aguas procelosas del mar bravio de la política nacional e internacional–, dirigiéndose a su retoño como Claudillo. En realidad, y por mor de la precisión en el lenguaje al respecto de lo de invicto, y como le ha explicado don Crispulo a su retoño en reiteradas veces, aquella aparente retirada del tercio de la legión que mandaba el teniente coronel Franco en el barranco de Wadi Musa fue en realidad una hábil maniobra de avance lateral sincronizado por etapas –en la línea de la táctica practicada por Napoleón, otro hábil general, en el Beresina– que logró confundir al enemigo y ganar un tiempo precioso a un coste mínimo en vidas, que un mando tiene que saber valorar esas cosas. Igualmente, la batalla de Guadalajara, insiste don Crispulo –‘La miel de la Alcarria es insuperable y la marca ‘La Gitanilla’, la mejor de la mejor’, añade sin poder evitar hacer propaganda de esta afamada marca–, fue cosa de los italianos, que insistieron en luchar y que qué vas a esperar de unos tipos que van con plumas al combate. Los historiadores no velados por la mentira abyecta de la nueva leyenda negra que se cierne sobre nuestra patria ya han aclarado estos puntos

a plena satisfacción de todos. Lo dicho, Caudillo invicto, honor que en la densa historia de España sólo comparte con Isabel la Católica.

El camino hacia la facultad siempre se le hace ameno a Silvestrín, pues a sus cábalas científicas –el libro de Dimitri Mendeleev que está ahora leyendo le está transportando a un reino de saberes ocultos sobre los elementos químicos que le tiene algo preocupado, pues, al fin y al cabo, el tipo era ruso y ya se sabe que nada bueno puede venir de la Rusia atea y bolchevique– puede unir la embelesada, pero no envidiosa, contemplación de los jóvenes que se dirigen alegres a las playas en esta soleada mañana. Al pasar por el Sardinero, la espectral visión del edificio del Casino cerrado –antro de corrupción y ludopatías varias, cuya vida disoluta y estéril el Caudillo ha cercenado con la misma mano firme con que dirige el timón de la patria– le hace sentirse apenado ante las vidas vacías que lo habrán habitado en el pasado –mas nunca en el futuro, eso es seguro–, mientras que la visión de las filas de fieles que se agolpan a la entrada de la iglesia de san Roque le reconfortan. Bien a gusto asistiría ahora al sagrado sacramento de la eucaristía, pero el deber científico le reclama y debe proseguir su camino, dejando para el próximo domingo tales devociones.

Nada más llegar a la facultad de ciencias, ha experimentado Silvestrín la primera sorpresa del día. El jefe de bedeles, don Rubén Eficiado –que insiste enérgico en recibir este jerárquico tratamiento a pesar de ser él mismo el único bedel de la facultad, profiriendo grandes gritos y amenazas cuando le es negado el estúpido título por parte de algún joven profesor no avisado y aplicando directamente golpes con los nudillos sobre la cabeza cuando es un alumno el que se olvida del tratamiento–, le ha hecho entrega de un paquete. Envuelto en fino papel de estraza marrón y con cuerdas a su alrededor anudadas y luego lacradas con rojos sellos, estaba franqueado con exóticos sellos –ninguno de los cuales mostraba la rubicunda faz del Generalísimo, por lo que el señor Eficiado, se lo ha entregado con cara de desaprobación tan poco patriótico proceder– y debidamente matasellado. El albarán de entrega, profusamente sellado y firmado, lleva la inconfundible firma de don Rubén –un esquema muy primario del yugo y las flechas–, que ha dado fe de la existencia de don Silvestre cuando le ha sido entregado, a desgana, por un alto empleado del servicio de correos –que se ha desplazado especialmente desde la sede central de nuestra capital para hacer la entrega de un paquete tan primorosamente envuelto y que proviene del extranjero–. Esta cir-

cunstancia jerárquica le ha hecho merecedor de un trato distinguido una vez que el probo funcionario ha presentado su carnet ante la inicial faz escéptica del señor Eficiado, quien ha hecho un amago de cuadrarse que ha estado a punto de dar con sus huesos en tierra.

– Don Zilveztre, un pahete pa usté –le ha dicho con gracejo andaluz el señor Eficiado, que inusualmente se arriesgaba fuera de su cubil, a Silvestrín, mientras arrastraba su pierna izquierda y alargaba con su mano derecha el paquete hacia él. Al cogerlo Silvestrín, ha notado claramente que el señor Eficiado lo agarraba con más fuerza y sin querer soltarlo a la vez que el bedel le sonreía maliciosamente mostrando sus asquerosos dientes marrones y le enviaba su hálito podrido.

Silvestrín lo ha recogido con cierta aprensión –y habiendo tenido que dar un tirón, lo que casi da en el suelo con el señor Eficiado, que ha perdido el equilibrio sin llegar a caer–, pues cada vez que observa al señor Eficiado salir de su acristalada guarida, las piernas le tiemblan al tener que enfrentarse a su cejjunto rostro. Abandonar la seguridad de su refugio de cristal, en donde al amor del calorcillo proporcionado por una estufa de resistencia eléctrica –cuya potencia ha hecho saltar más de una vez los plomos de la facultad cuando en los días fríos el señor Eficiado la ha puesto al máximo–, don Rubén lee uno de esos periódicos deportivos que glosan con orgullo nacional los logros hercúleos del Real Madrid allende nuestras fronteras y para envidia de tantos resentidos que niegan el progreso inmarcesible de nuestra patria, es algo que molesta al bedel sobremanera. Silvestrín le ha espiado a escondidas en ocasiones, y ha observado que don Rubén recorta con mucho cuidado, casi a hurtadillas, la última hoja del periódico deportivo con unas tijeras que a tal efecto guarda en el cajón de la mesa que tiene en su cueva. Mientras lo hace, mira furtivo a diestro y siniestro, y luego guarda el recorte en el mismo cajón de la mesa, procediendo a continuación a cerrar con una pequeña llave dicho cajón, llave que luego guarda en el bolsillo derecho de su mugrienta bata azul con mucho cuidado. Este proceder sorprende sobremanera a Silvestrín, que no sabe qué patrióticos reclamos pueden ser de tanto interés como para que el malencarado bedel proceda con tanto sigilo. Guardia civil sitiado por la canalla roja levantisca en el santuario andaluz de Santa María de la Cabeza, el señor Eficiado resultó herido en una pierna por una de aquellas barras de hielo que la fértil imaginación del Caudillo, estrategia de lo grande –como la liberación del Alcázar de Toledo–, y de lo pequeño –el apoyo aéreo

al referido recinto mariano—, hizo lanzar envueltas en tela de saco sobre el santuario para así mitigar la sed espantosa de los heroicos sitiados por la chusma republicana. Evacuado en mitad de la noche por un compañero, con un pie machacado por el hielo llovido de los cielos, logró así don Rubén librarse del terror comunista que a sus otros compañeros sitiados sí alcanzó. Trasladado al frente del norte para un merecido descanso en nuestra tierra montañesa, aquí viene entregándose a esta febril y noble ocupación de la jefatura del bedelato desde entonces.

Don Santiago Londrino—catedrático de Termología y gran amigo de la familia de Silvestrín, pues coincidió con don Crispulo en la liberación del Alcázar de Toledo—, le ha dado permiso para abrir el misterioso envoltorio. Al abrir el paquete —con especial cuidado de no cortar las cuerdas que lo protegen, de singular calidad (esto lo tiene que reconocer Silvestrín a despecho de las artesanales cuerdas elaboradas con el españolísimo y tradicional esparto) y elaboradas con una suerte de fibras sintéticas que Silvestrín nunca antes ha visto, y de recuperar intacto el rectángulo de papel de estraza; sólo después someterá a los sellos pegados al mismo a un tratamiento al vapor para despegarlos con sumo cuidado y entregárselos a don Santiago. El profesor Londrino, su mentor científico y su director de tesis doctoral, es un ferviente coleccionista de sellos, con una colección de efectos postales de la Alemania del Führer y de la Italia del Duce que han merecido varios premios locales. Desde el año cuarenta y cinco su colección sólo se nutre de timbres postales portugueses, algunos de ellos con motivos de las provincias lusitanas de ultramar que muestran a las rubicundas nativas con sus glándulas mamarias al aire tropical y que están entre los más apreciados por su ilustre poseedor—, el corazón se le ha acelerado a Silvestrín hasta batir como un tambor en la Semana Santa de Calanda, recia tradición en la que el pueblo baturro, injustamente tratado de cazurro en chistes y chascarrillos, muestra sus habilidades musicales a mayor gloria del señor y mayor perjuicio de los oídos de los muchos turistas que tienen a bien visitarles en tan señaladas fechas.

Esta forma de latirle el corazón sólo la experimenta Silvestrín cuando goza de la deliciosa visión —normalmente a lo lejos, con el aliento contenido y el ánimo embargado— del alegre desenfado de Basilia Nopático —cuyo nombre degusta Silvestrín como si fuera la miel sobre las hojuelas del dicho popular y que repite antes de dormirse y justo después de sus oraciones a María— dirigiéndose a

clase dando graciosos saltitos, con su falda plisada a cuadros agitada y los libros castamente abrazados a su pecho juvenil. Aunque para gran pesar de Silvestrín ella siempre está rodeada de una cohorte de hijos de los jerifaltes locales que sin duda la pretenden como novia formal, algo que mata de celos a Silvestrín. El dilecto progenitor de su amada Basilia, don Onofre, es Jefe Provincial del Movimiento y Gobernador Civil de la provincia, por lo que Silvestrín sabe que Basilia está llamada al alto designio de los esforzados de jugar un papel importante en el pletórico futuro que el Caudillo está preparando para España.

La pequeña botella que ha surgido del paquete contiene un polvo blanco y una etiqueta que Silvestrín lleva meses anhelando y deseando ver. En la parte superior, 25 g, y justo debajo 'Natrium wolfram-icum purum cryst.', y debajo 'Natriumwolframat, rein, kristallisiert $\text{Na}_2\text{WO}_4 + 2\text{H}_2\text{O}$ ', 'Tungstato di Sodio puro crist.' y 'Tungstato de Sodio puro cryst.', de la acreditada marca MERCK. La presentación conjunta en una misma etiqueta del nombre del compuesto químico en el idioma imperial romano, el latín, ahora lengua sagrada a través de la Iglesia Católica Apostólica Romana, del alemán que llevó su imperio germánico de las arenas del desierto africano a las orillas del Volga, el italiano que conquistó Albania y Grecia –si bien es cierto que con algunas dificultades mayores atribuibles a que no extrajeron las lecciones, dolorosas pero necesarias, ni de la batalla de Guadalajara ni de su desastrosa aventura abisinia, como con contenida jocunda comenta su padre – y el castellano, que ha engrandecido culturalmente América desde la Tierra del Fuego hasta Arizona, hace que el orgullo patrio de Silvestrín se hinche de nuevo. El detalle menor de que el único elemento químico descubierto por españoles –los hermanos Fausto y Juan José Elhuyar, vascones de pro y adelantados hombres de ciencia en la España Imperial–, haya merecido la denominación de wolframio en los ambientes científicos extranjeros, más deseosos de complacer a los suecos que de reconocer las aportaciones hispanas, no empaña esta noble sensación de haber formado un día muy lejano entre las falanges de las naciones más adelantadas, en lo social y en lo político, del mundo.

La tesis doctoral de Silvestrín, la determinación de los pesos atómicos de algunos elementos químicos por métodos crioscópicos –tema cuya elección ha merecido los públicos elogios del catedrático de química de la facultad, don Agapito Flero, especialista él mismo en la química de los gases nobles– está ya muy adelantada. Sólo el tung-

steno, elemento que no puede ser suministrado con pureza suficiente por nuestra precaria industrial química nacional debido al embargo que desde hace años sufrimos por nuestra obstinación en mantener enhiesta la bandera del Movimiento Nacional, le resta por ser analizado. Recibido el excelente material, como toda la manufactura industrial de origen germánico (aunque no ha sido precisamente barato, pues a las ingentes 423 pesetas que cuestan los 25 gramos, y que hubo que cambiar a lustrosos dólares en pago previo de la mercancía, hay que añadir 127 pesetas en portes –cuatro marcos de la nueva Alemania federal y veintidos pfenings, timbrados en un sello de dos marcos, dos de un marco, cuatro de cinco pfenings y dos de un pfening que harán las delicias de don Santiago–, adelantadas por nuestro consulado en Alemania, y las 63 pesetas en derechos de aduana que el ministerio de Hacienda ha cobrado a despecho de saber que se trataba de material de investigación, lo que sumado da 613 pesetas que son como doblones de oro arrancados de las precarias cuentas del departamento de física) Silvestrín sabe que ha contraído una altísima responsabilidad hacia la mermada comunidad científica nacional –purgada convenientemente por el Caudillo de elementos representativos de la ciencia masónica y comunistoide–, pero espera estar a la altura de la circunstancias y concluir pronto su tesis doctoral. Su siguiente paso será declararle su amor secreto a su bienamada Basilia –cuyo dulce nombre evoca con veneración y castidad– y avanzar así hacia la responsabilidad familiar, tanto marital como paternal, que el engrandecimiento de nuestra patria demanda, dando nuevos retoños al frondoso árbol de España, otrora podado de elementos dañinos y hoy pletórico de nuevos brotes.

Una vez preparados los primeros útiles de laboratorio para dar comienzo a los experimentos, siempre bajo la supervisión amable y paternal de don Santiago, Silvestrín se ha acercado a comprobar el buen estado de los termómetros de precisión que se guardan en la estantería acristalada que cubre toda la pared del laboratorio. Este juego de termómetros –nueve de mercurio y uno de alcohol coloreado–, verdadero orgullo metrológico del laboratorio de Termología, fue un presente de la embajada alemana en Madrid. Durante el segundo año triunfal la universidad de Heidelberg hizo este regalo a las diversas universidades españolas en un gesto de hermanamiento científico que desgraciadamente no pudo tener ni continuación por la parte germana –debido a que los expertos fabricantes de dichos termómetros fueron destinados dos años después al frente de Stalingrado a fin de calibrar el termómetro de alcohol en condiciones óptimas de bajas

temperaturas– ni contrapartida por el lado hispano –aunque algunos españoles con espíritu viajero tuvieron ocasión de observar cómo el mercurio de los termómetros se solidificaba cerca de la ciudad ucraniana de Jarkov, una observación con cierto interés científico que algunos supervivientes del cerco a que les sometió el Ejército Rojo lograron comunicar a la Real Sociedad Española de Física después de una prolongada estancia de trabajo en Siberia–, lo que ha sumido a la Termología española en la penosa situación en la que actualmente se encuentra.

Guardados en su caja de madera de roble primorosamente labrada –con la esvástica original de la tapa convenientemente lijada–, estos diez termómetros de precisión, son una joya científica insustituible. Al abrir la caja, y ante la mirada primero atónita y luego espantada de Silvestrín, los diez alargados nichos de diferentes tamaños que antes contenían los termómetros están tan vacíos como los sarcófagos egipcios del museo de El Cairo o el frontis del Partenón. La visión de las diez oquedades, como cuencas de espantosas calaveras, son como diez puñaladas que atraviesan de lado a lado e inmisericordes el corazón –si es que la momentánea licencia de la equiparación del órgano cardíaco de Silvestrín con el de la Virgen Dolorosa nos es dable y se toma más bien como licencia de una copla popular que como vulgar usurpación de funciones marianas– del científico que anida en él.

La visión espantosa de los huecos ociosos ha sido como un golpe brutal propinado en pleno plexo solar y Silvestrín ha perdido por un momento la respiración, tal ha sido la intensa emoción que ha barrido su cuerpo todo. La taquicardia ha hecho galopar su corazón como sólo, supone con imaginación desbordada, un casto beso de Basilia podría conseguir, y las piernas te tiemblan con extraña autonomía. Pero pronto ha conseguido serenar el ánimo y tranquilizarse. ‘En la España del Caudillo nadie roba’ –se ha dicho a sí mismo Silvestrín con la misma patriótica convicción con la que su padre recita esta frase tan cara al régimen mientras mezcla con alegría y largueza el aceite puro de oliva que compra en Jaén con un aceite de semillas de colza y girasol que recibe de Francia, logrando así un preparado oleícola con mejores prestaciones nutricionales y dietéticas a la vez que se consigue un sabor menos intenso, mejor adaptado al gusto norteamericano–, por lo que debe tratarse de una lamentable confusión, y pronto habrá una explicación perfectamente comprensible para que alguien haya procedido a desplazar de su lugar natural tan preciosos

instrumentos científicos.

Sin duda, el ayudante del laboratorio, Abelardo Depecho, ha sido requerido por don Santiago para que lleve a cabo o una limpieza exhaustiva o un traslado provisional de dichos termómetros. El jovenzuelo Abelardo es un gañán asilvestrado (hijo natural, aunque reconocido, del primer Gobernador Militar de esta plaza recién liberada de la canalla republicana y de una real moza del valle del Pas a la que el bravo militar, en plena potencia viril después de más de un año de ininterrumpidos combates en primera línea con la brigada carlista, conoció bíblicamente en una de sus visitas a la región –con el atenuante de que la joven se encontraba con la falda provocativamente arremangada hasta bastante más arriba del muslo en pleno verano mientras, eróticamente cubierta de sudor, introducía olorosa hierba segada en el acogedor y fresco pajar, bucólica y pastoril imagen que el aguerrido soldado no pudo soportar sin dar rienda suelta a sus naturales instintos cuatro veces seguidas mientras la mozuela pasiega, con poca cabeza para los números, pedía al brigadier Depecho un bis por cuarta vez–, y que ha sido colocado por su padre natural en la universidad para ayudar en las tareas del laboratorio de Termología de su amigo don Santiago), que rompe todo lo que toca –incluso lo que sólo mira, interesante propiedad de gafe de la que Silvestrín intenta evitar el contagio manteniéndose alejado de él todo lo lejos que puede–, por lo que un sudor frío recorre su cuerpo al visualizar en su imaginación al manazas del Abelardo manipulando los valiosos y frágiles termómetros, dejándolos caer indolente al suelo y estallando éstos en mil pedazos mientras los cortantes trozos de vidrio y las minúsculas gotas de mercurio proclaman al universo que la entropía ha vuelto a aumentar.

Así que sin esperar más, se ha precipitado raudo y compungido Silvestrín al despacho de don Santiago, no sin antes llamar a la puerta –pues aunque, como antiguo militar que es, don Santiago insiste en que no se debe llamar a una puerta de un funcionario público español sino entornarla suavemente y luego, eso sí que es preceptivo, solicitar permiso para franquearla, en alguna ocasión ha sorprendido Silvestrín a don Santiago con revistas francesas de coristas encima de su mesa, ‘antropología *amateur* de países decadentes a los que nunca debemos equipararnos ni en sus costumbres disolutas ni, mucho menos, en las mínimas vestimentas con que se adornan sus mujeres, pobres criaturas’, se justificó él con un hilillo de baba en la boca, por lo que Silvestrín siempre llama antes de entrar–, para exponerle la preocupante

novedad y esperando , sin duda, recibir de él una explicación satisfactoria sobre la provisional ausencia de los termómetros de su caja matriz –ha prometido ya una ofrenda mariana si ésta es finalmente la explicación de tan misteriosa ausencia, aunque piensa realizar dicha ofrenda de todos modos, no sea que alguien pueda interpretar como coacción celestial lo que no es sino un óbolo espiritual entregado de buen grado–. Silvestrín, con la responsabilidad de sentirse como depositario último, siquiera por delegación subalterna, de la confianza del Estado Español en que los instrumentos científicos propiedad del Estado están bajo estricto control y listos para ser empleados en útiles investigaciones, está muy alterado por el momentáneo extravío, así lo espera, de los preciosos termómetros.

– Don Santiago, con su permiso –dice metiendo la cabeza entre la jamba y la puerta abierta.

El profesor da un respingo y hace un gesto de sorpresa con la cabeza indicando a Silvestrín que entre en el despacho. Mientras, un grueso libro colocado encima de la mesa de don Santiago es cerrado con gran estrépito. Arrellenado cómodamente en su sillón de cuero, don Santiago Londrino y Azcárraga, observa a Silvestrín con cuidado. Hijo de un carlista montaraz, su padre era natural del navarro valle de Elizondo y estuvo de joven con el general Zumalacárregui en el cerco de Bilbao, y de una alavesa de El Ciego, mujer de armas tomar, nacido él mismo en Estella, se incorporó el mismo dieciocho de julio a la división Navarra que liberó esta plaza del terror republicano y marxista. Alto y guapo bajo la boina roja con borla dorada, conquistó la plaza y fue conquistado por una joven montañesa y por esta tierra con vistas al mar y aquí fijó su residencia al concluir victorioso la Cruzada. Después de la oportuna depuración y liquidación de los elementos más extranjerizantes de la universidad, tomó posesión como primer catedrático de Termología de la nueva universidad que la fecundidad de España de Franco alumbró como fruto precioso, puesto en el que se mantenía desde entonces. Editor él mismo de la muy prestigiosa Revista Montañesa de Física, vivero de jóvenes promesas de la ciencia nacional, su amplia, ecléctica, versátil y rigurosa producción científica –que va desde el estudio de la gasificación en la sidra asturiana hasta las propiedades magnéticas del hierro de Cabárceno– ha tenido amplia acogida en las páginas de tan insigne publicación.

Nada más entrar en el despacho, Silvestrín dirige la mirada a los retratos de Franco y Jose Antonio –Paco y ‘ése’, en la especial termi-

nología del profesor, que ha sido recibido varias veces en El Pardo—que decoran a media altura la pared a espaldas de don Santiago. Con una ligera cabezada de respeto se pone mentalmente a disposición del Caudillo y espera que desde el cielo el Ausente, Primer Caído de la Nueva España en la denominación oficial una vez su cuerpo fue recuperado del terror rojo —sin que este puesto privilegiado de honor de Jose Antonio en todas las lápidas que recorren las iglesias de toda la geografía nacional empañe lo más mínimo la heroicidad del caído y la entrega a la causa del alzamiento de Matías Montero hijo preclaro de esta tierra y protomartir de Falange, cuya enhiesta columna conmemorativa decora una de las plazas de nuestra ciudad, si bien mellada en su capitel para así simbolizar la potencia fecunda que pudo ser y no fue, impotencia ante la adversidad que la historia, maestra cruel, nos recuerda constantemente—, le encuentre merecedor del portento de recuperar los termómetros, milagro que su mente atormentada precisa ahora más que nada.

La mirada aguda de Silvestrín puede detectar que el retrato del Caudillo está unos milímetros por encima del otro. Y es que don Santiago abomina —en el sentido coloquial, y muy español, de noble intercambio de impresiones para así mejor superar malentendidos entre camaradas que se han marcado el mismo objetivo de devolver a España el imperio y la prestancia que otrora disfrutó— de los ‘señoritos falangistas’, como él los llama, por lo que, obligado a tener ambos retratos colgados en su despacho, muestra su mayor cariño por la obra de Paco Franco colocando el retrato del Jefe del Estado unos milímetros por encima del otro. En las ceremonias universitarias oficiales —de rancio sabor carpetovetónico e imbuidas de católica religiosidad, como las de San Alberto Magno o Santo Tomás de Aquino, santos mayores del santoral de la ciencia y científicos adelantados a su época ellos mismos— en que don Santiago debe asistir junto con todo el cuerpo profesoral vistiendo la boina roja con borlón, la camisa azul y el uniforme militar que le acreditan como luchador homologado en la Cruzada, su tierno corazón se llena de justa indignación por tener que vestir la camisa azul mahón, del color de los buzos de los obreros, triple contradicción que le desazona, pero que asume con al mismo afán de servicio a España con que el Caudillo luce con masculina prestancia y elegancia natural tan heteróclitas prendas de vestir.

— Vengo a informarme, respetuosamente y siempre que usted crea que soy merecedor de sus confidencias en este asunto, sobre el buen uso que eventualmente haya dado usted, sin duda llevado de los más

elevados dictados de la razón, a nuestra colección de termómetros de precisión –dice Silvestrín con el corazón encogido y esperando ansioso la respuesta precisa y sensata que lleve la paz a su alma ahora atormentada por la angustia del desconocido destino de sus instrumentos de trabajo científico.

Don Santiago abre mucho los ojos y pone cara de genuina sorpresa, gestos ambos que son como cuchillos clavándose, otros dos más, en el corazón ya sangrante de Silvestrín.

– ¿Qué termómetros? ¿Nuestros termómetros heidelbergensis? – pregunta don Santiago dando un salto que catapultaba su sillón de cuero hacia atrás con violencia tal que el respaldo de la silla alcanza el retrato de Jose Antonio –en razón de estar un poco más bajo que el del Generalísimo, que no resulta alcanzado–, que se precipita al suelo de baldosas y cuyo cristal protector salta en mil pedazos cortantes con estrépito ensordecedor.

La visión del Ausente por los suelos es patética y augura negros presagios a Silvestrín, aunque este accidente no es la primera vez que sucede, razón por la que la fotografía de Primo de Rivera estaba ya cortada por varios sitios. Silvestrín, que hace un instante solicitaba el celestial favor del retratado, ve con supersticioso pavor cómo, además, el retrato yace boca abajo. Don Santiago observa el estropicio que su brusco gesto ha producido y comenta con mezcla de resignación y satisfacción: ‘Podía haber sido peor y haber sido el Caudillo el herido en lugar de ‘ése’.

Toca el timbre del bedel y aparece el señor Rubén, que ha subido a la carrera, si este término no resulta inapropiado al aplicárselo a él. Don Santiago le explica que deben subir a limpiar el estropicio y reponer al dolorido retrato, ahora por los suelos, su habitual protección de cristal. El señor Eficiado, que ha acudido ágil a la llamada, conoce bien las malas pulgas de don Santiago –que le ha amenazado con hablar de su falta de entusiasmo en la noble y patriótica tarea de elevar el rendimiento laboral del equipo de bedeles al mismo Paco y enviarle a la guarnición de Sidi Ifni como camarero de oficiales, amenazas que el señor Eficiado se toma muy en serio, prueba de su inteligencia natural escondida–, por lo que asiente contrito a todas sus demandas.

Aclarada la no intervención de don Santiago en el movimiento inexplicable e inesperado de los termómetros, Silvestrín cede a la intensa emoción que le atenaza y sus nervios se liberan en un copioso llanto que derrama sobre la mesa de don Santiago. Éste intenta

proteger el sin duda valioso libro de tan acuosas efusiones, y en el movimiento brusco que le imprime una revista con un torso desnudo de mujer blanca en la portada sale disparada del mismo. ‘Filatelia angoleña, pues estoy clasificando sellos’ dice don Santiago mientras la oculta presto en un cajón de su mesa. Pero pronto recupera Silvestrín su masculina prestancia, secándose el lacrimal y las mejillas con el perfumado pañuelo que su amorosa madre pone limpio cada día en su bolsillo, lo que le permite oler la fresca colonia Nenuco con que su progenitora lo refresca. Este olor familiar y la tierna evocación de su hogar, llevan un poco de sosiego al alma barrida por el cruel golpe que el destino acaba de asestarle.

Repuestos ambos de la desasosegante nueva de que sus termómetros de precisión han desaparecido, se encaminan al laboratorio. Tal vez allí haya alguna pista que les permita saber lo que ha sucedido con las joyas de la cátedra de Termología. Don Santiago no se permite bromear al respecto y utiliza algunos modismos navarros de recio sabor ribereño para describir los nobles sentimientos que este hurto le sugieren, con imprecaciones variadas a madres y padres de personas que Silvestrín, que sólo es capaz de suspirar, no es capaz de identificar.

Cuando don Santiago vuelve a abrir la caja otrora repleta de termómetros calibrados en Alemania, el espectáculo de su completa vaciedad, diez agujeros que les miran como cuencas oculares vacías antes llenas de vida, es mucho más doloroso para Silvestrín de lo que su conocimiento previo podría llegar a hacer pensar. Su vista normalmente límpida se nubla y cuando está dispuesto a admitir que la vida está siendo cruel con él en demasía y que va a desmayarse, repara en un objeto informe de color rosa pegado a la tapa lateral trasera de la caja por su lado externo, objeto en el que no había reparado con anterioridad. Silvestrín tiene que acercarse a la caja a sus ojos y agacharse un poco para observarlo, pero allí está, tan rosa como las rosas en primavera y tan sonrosado y fresco como las mejillas de Basilia arreboladas al quedar expuestas al frescor de la mañana.

– ¿Pero qué es esta porquería? –dice don Santiago mientras toma el amorfo pegote y lo lanza contra la papelera.

Con el corazón latiendo desbocado, Silvestrín hace acopio de fuerzas y recupera lo que don Santiago ha separado de la caja haciendo tenaza con sus dedos índice y pulgar. Logra extraer de la papelera el pegadizo objeto. Su tacto untuoso, húmedo y mucilaginoso le han recordado a una pequeña sanguijuela. Ahora, aplastado entre

sus propios dedos, parece una ameba gigante, informe y repugnante.

– Es un chicle, don Santiago –dice Silvestrín– también denominado *chewing gum* en los países anglosajones de los que proviene este invento atontador y estúpido –añade citando a su padre, que abomina de un producto que no puede vender en su tienda por tratarse de un producto no alimentario.

A pesar de que sabe que fue Thomas Alva Edison el inventor del chicle masticable –inventor por quien siente el máximo respeto–, sólo la necesidad de no destruir tan importante indicio le permite superar la náusea que siente al tener entre sus dedos semejante sustancia informe. Don Santiago le interroga con la mirada y le pide que se deshaga de ese moco asqueroso, pero a Silvestrín no le cabe la menor duda de que el chicle ha estado en la boca de Abelardo, y no hace mucho tiempo a juzgar por la fina capa de babas que envuelve la goma masticable, lo que indicaría que éste seguramente tiene algo que ver con la desaparición de los termómetros, amenazante posibilidad que hiela a Silvestrín la sangre en las venas.

En su provinciana mediocridad, Abelardo es un fan de Elvis Presley y del estilo de vida americano, que intenta imitar mascando chicle importado –vicio en el que invierte un porcentaje no desdeñable de su ajustado sueldo– a todas horas, escuchando en un gramófono viejo discos de vinilo que logra traer de contrabando y visualizando películas de gansteres en cines de barrios obreros. En opinión de Silvestrín, la imaginación estéril de este enano mental se manifiesta en esos ritmos salvajes –en oposición a las sanas muestras que el rico acervo del folklore popular proporciona a través de Educación y Descanso–, en novelas vomitivas y en películas pornográficas –de cuya visualización Silvestrín abominará en el caso remoto de que algún día tenga ocasión de contemplar alguna, posibilidad que hace que su corazón se dispare a la vez que siente que está traicionando, bien que mentalmente, a Basilia.

– ¿No deberíamos avisar a la policía? –pregunta Silvestrín, cuya confianza en las nobles fuerzas de la Policía Nacional es total a la hora de atrapar al abyecto ladrón de termómetros.

Don Santiago gesticula al viento como si la idea fuese una herejía merecedora de todo tipo de negativas.

– ¿Y arriesgarnos a hacer el ridículo ante un cuerpo de servidores del Estado ocupado día y noche en la noble y entregada tarea de librar a nuestra patria de enemigos internos y externos que quieren hundirla en el abismo de la democracia liberal? –le responde rápido

don Santiago—. No y no, mil veces no. Por encima de mi prestigio de catedrático —insiste el profesor con vehemencia—. Este delicado asunto académico debe ser resuelto entre científicos. Le encomiendo a usted, amigo Silvestre, la alta tarea de recuperar estos preciosos instrumentos y ponerlos de nuevo a disposición de la gran familia de los termólogos españoles —añade con solemnidad el profesor observando muy atento la reacción de Silvestrín—. Silvestre Panador —dice don Santiago, llamando a Silvestrín por primera vez sin el diminutivo y por su nombre completo—, confío en que sea usted capaz de llevar a buen término esta tarea.

Silvestrín no se atreve a replicar ni ante tamaño razonamiento para no avisar a la policía ni ante los diez trabajos de Hércules que don Santiago pone sobre sus dos humanos hombros. Mira desconsolado a su alrededor buscando una señal que le envíe la providencia para poder saber qué ha sucedido y cuales son los planes del profanador de este templo de la sabiduría. Observa entonces que la sucia y raída bata de trabajo del gañán está colocada de cualquier manera colgando un gancho del laboratorio. Silvestrín se acerca y sin dudarlo lleva a cabo un registro minucioso de sus bolsillos, a pesar de que este asalto a la intimidad de Abelardo podría ser considerado poco ético por los pusilánimes. Con cuidado extrae un objeto extraño que no es capaz de reconocer al tacto. Cuando por fin ve la luz, resulta ser una caja de cerillas, de esas con solapas que algunos bares elegantes proporcionan como propaganda y de las que su dilecto padre es un fanático coleccionista. Sobre su cara externa hay un bonito dibujo de una cotorra enmarcada por la Luna y debajo el nombre del club, que no es otro que ‘El loro azul y carmesí’.

Don Santiago observa la carátula de la caja de cerillas que le muestra Silvestrín y se sonroja como una amapola sin poderlo evitar, pero no dice nada. Silvestrín levanta la solapa con un elegante movimiento, como ha visto que hacen los señores elegantes en las películas americanas. En el interior blanco de la caja de cerillas hay una fecha, la de hoy, y una hora, las diez en punto, 10:00 am, en notación foránea, junto a una enigmática notación, H17 que aparece debajo de la hora y que Silvestrín no acierta a interpretar. Mira instrintivamente su reloj de pulsera Omega —regalo de su padrino Braulio en su primera comunión, y que junto a su pluma Parker son sus pertenencias más valiosas—, y contempla con horror cómo las manecillas del mismo marcan las diez menos diez, de la mañana. Y entonces su precario aguante anímico se derrumba de nuevo cuando se da cuenta de que

no sólo no sabe cómo debe proceder sino que ni siquiera conoce dónde se localiza el club de marras.

Viendo la cara de fiera acorralada y el desconsuelo de su discípulo, don Santiago mueve la cabeza y duda por un instante. Después de cinco minutos informa a Silvestrín de que ‘por pura casualidad él ha sabido que dicho club está abierto en las proximidades de la facultad, aunque él no lo ha frecuentado nunca y por eso sólo puede hablar de dicho establecimiento de oídas y segundas referencias, sin que proporcionar información sobre su ubicación precisa signifique en modo alguno que él tenga más allá de un conocimiento puntual y muy limitado del tipo de actividades que en dicho establecimiento se llevan a cabo o del tipo de servicios y transacciones pecuniarias que en él tienen lugar, pues el conocimiento en sí mismo ni es dañino ni supone una actitud complaciente hacia lo conocido’ –perora disculpándose don Santiago ante un cada vez más nervioso Silvestrín, que ve cómo el segundero avanza implacable– y que está sito en la avenida de la universidad en el número 7 de la avenida de la universidad, entre el colmado de ultramarinos y el estanco.

Pronto corrobora Silvestrín esta precisa información, con gestos inequívocos de enfado por parte de don Santiago –que musita algo sobre sacar la lengua a pasear a la primera de cambio–, pues la dirección del antro se encontraba impresa en grandes letras doradas en la parte posterior de la caja de cerillas.

Sin perder tiempo, con gesto felino, Silvestrín atrapa el estuche de madera de los termómetros ahora vacío, pero con la esperanza latiendo en su pecho, y la voluntad de lograrlo en su alma, de que pronto estará lleno de nuevo. Se despide de don Santiago y se lanza a la aventura.